

José Ortega y Gasset

Ideas y creencias y otros ensayos



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © *Ideas y creencias* (1940). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *La Filosofía de la Historia de Hegel y la historiología* (1928). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © [*La historiología*] (1928). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Hegel y la Filosofía de la Historia* (1931). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Gracia y desgracia de la lengua francesa* (1937). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © *Un capítulo sobre la cuestión de cómo muere una creencia* (1954). Herederos de José Ortega y Gasset.
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-344-6
Depósito legal: M. 33.531-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota preliminar
- IDEAS Y CREENCIAS
- 17 *Prólogo*
- 21 Ideas y creencias
- 23 Capítulo primero.— Creer y pensar
- 23 I. *Las ideas se tienen; en las creencias se está.— «Pensar en las cosas» y «contar con ellas»*
- 30 II. *El azoramiento de nuestra época.— Creemos en la razón y no en sus ideas.— La ciencia casi poesía*
- 37 III. *La duda y la creencia.— El «mar de dudas».— El lugar de las ideas*
- 42 Capítulo segundo.— Los mundos interiores
- 42 I. *La ridiculez del filósofo.— La panne del automóvil y la historia.— Otra vez «ideas y creencias»*
- 47 II. *La ingratitud del hombre y la desnuda realidad*
- 52 III. *La ciencia como poesía.— El triángulo y Hamlet.— El tesoro de los errores*
- 58 IV. *La articulación de los mundos interiores*
- 65 En el centenario de Hegel
- 67 I. Historia y espíritu
- 74 II.

- 81 III. Historia y geografía
86 IV. Meseta, valle, costa
- 95 Miseria y esplendor de la traducción
97 I. La miseria
103 II. Los dos utopismos
108 III. Sobre el hablar y el callar
114 IV. No hablamos en serio
120 V. El esplendor
- 127 Defensa del teólogo frente al místico
137 En el centenario de una Universidad
157 Memorias de Mestanza

OTROS ENSAYOS

- 181 *La Filosofía de la Historia* de Hegel y la historiología
213 [La historiología]
221 Hegel y la Filosofía de la Historia
244 Gracia y desgracia de la lengua francesa
249 Un capítulo sobre la cuestión de cómo muere
una creencia

Nota preliminar

Aurora de la razón histórica, aquél «gran mamotreto filosófico» en palabras del propio Ortega, nunca se terminó pero tuvo un primer capítulo. Este inicio titulado «Ideas y creencias» acompañado de otros textos escuderos se convirtió en libro en 1940. Siguiendo la edición del Centro de Estudios Orteguianos del 2006 lo presentamos aquí. Como señalan las «Notas a la edición» de las nuevas *Obras completas* este libro sufrió algunos cambios en sus distintas ediciones aunque éste se reproduce tal como lo pensó Ortega en las *Obras completas* de 1947. Al trabajo «Ideas y creencias» Ortega añadió otros como «Miseria y esplendor de la traducción», «En el centenario de Hegel», «En el centenario de una Universidad», «Defensa del teólogo frente al místico» y «Memorias de Mestanza». Las razones de la inclusión de estos artículos no están claras, el filósofo simplemente las menciona en el «Prólogo» a la primera edición de *Ideas y creencias*. En

el mismo recuerda la consonancia con don Miguel de Unamuno en el último tramo de la vida del sabio vasco en torno a la idea de Universidad. También dedica unas palabras a Gaspar de Mestanza. Pareciera que el impulso hacia la luz de *Ideas y creencias* es aquél que señala Ortega sobre «la decrépita verdad del *Habent su afata libeli*». El recuerdo de la cita de Terenciano sobre aquello de que «los libros tienen su propio destino» es una manera de simbolizar un periodo de la vida de Ortega especialmente duro. En los cinco años que van de 1935 a 1940 el pensador madrileño sufre las turbulencias de la Guerra Civil con un exilio forzoso, inicialmente francés y que finalmente lo llevará a Buenos Aires. En 1938 debido a una enfermedad en la vesícula fue sometido a una cirugía que lo dejó al borde de la muerte. Ya en la Argentina la necesidad de complementar las lecciones que impartía en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires son razón suficiente de publicar un fragmento de un proyecto mayor, pero que Ortega asume sin afán de perfeccionismo. La primera parte de *Ideas y creencias* es un tratado epistemológico que va clarificando términos sobre el conocimiento. Y aquellos ensayos añadidos terminan siendo –de alguna manera– una aplicación de esa potencia crítica. Uno de ellos «Miseria y esplendor de la traducción» es una de las más lúcidas y creativas reflexiones sobre una labor que, en un mundo interconectado, resulta crucial y compleja.

Si *Ideas y creencias* fue el germen de un libro nunca acabado habría que bucear en el corpus orteguiano para intentar seguir el hilo invisible que conduce hacia esa Atlántida. El gran libro filosófico de Ortega sería una

antropología filosófica en donde se explica al ser humano y el desarrollo de la razón vital. En este marco se encuentran las meditaciones sobre la técnica, su idea sobre las generaciones y su reflexión sobre la historia. *Ideas y creencias* explica dos nociones importantes para dicha antropología filosófica; precisamente aquellas que señala el título y que serían iniciáticas. Pero la razón histórica es la otra cara de la moneda del concepto de razón vital. El ser humano asume las vicisitudes de su circunstancia, y en un momento dado construye nuevas ideas que tendrán influencia en las generaciones venideras. Por eso la historiología orteguiana es el gran marco de ese libro filosófico que nunca fue. Y por eso hemos incluido junto a *Ideas y creencias* otros ensayos como «La *Filosofía de la Historia* de Hegel y la historiología» y el trabajo póstumo «[La historiología]» de 1928, «Hegel y la filosofía de la Historia» de 1931 –que dio lugar al texto «En el centenario de Hegel»–, «Gracia y desgracia de la lengua francesa» de 1937 y «Un capítulo sobre como muere una creencia» de 1954. Quizás este conjunto podría ser una maqueta cronológica de *Aurora de la razón histórica*.

Los volúmenes de esta «Biblioteca de autor José Ortega y Gasset» presentan un texto nacido del trabajo filosófico, filológico e historiográfico del equipo del Centro de Estudios Ortegaianos de la Fundación José Ortega y Gasset – Gregorio Marañón. La investigación se ha desarrollado durante más de una década y ha permitido depurar malas lecturas y erratas de ediciones anteriores, al tiempo que se han descubierto numerosos textos desconocidos, algunos de los cuales no se habían vuelto a

publicar desde su primera edición y otros eran inéditos; en ambos casos, enriquecen esta «Biblioteca».

Se ofrece al lector el texto según la última versión que el autor publicó. En el caso de la obra editada de forma póstuma, se sigue el manuscrito más próximo a una versión definitiva. El exhaustivo análisis de los testimonios conservados en el archivo del filósofo ha permitido una fijación textual que en numerosos casos difiere de las ediciones anteriores. Se ha respetado esencialmente la puntuación del propio Ortega, aunque se ha revisado en el caso de la obra póstuma. Se conservan los rasgos estilísticos del autor —como por ejemplo su reconocible «rigoroso» frente al más común «riguroso»—, los resaltes expresivos y particularidades morfosintácticas de su uso lingüístico (mayúsculas para remarcar un concepto, concordancias *ad sensum*, léismos, laísmos), así como las distintas grafías en nombres de personas y lugares.

En la medida de lo posible, se evita la intervención de los editores en el texto, de modo que se mantiene la versión original incluso cuando se ha detectado algún lapsus —generalmente de precisión de una fuente al citar el autor de memoria. No se pretende dar un texto perfeccionado sino aquel que Ortega entregó a las prensas o en el que trabajaba para su publicación si nos referimos a la obra que dejó inédita. Los añadidos de los editores van siempre entre corchetes, así como los títulos que no son originales del filósofo. Las notas al pie de los editores se indican con *.

En la edición de los textos del presente volumen han participado Carmen Asenjo Pinilla, Iván Caja Hernández-Ranera, Isabel Ferreiro Lavedán, Ángel Pérez Martínez

y Javier Zamora Bonilla, quienes agradecen el trabajo de investigación y fijación textual previo de sus compañeros Ignacio Blanco Alfonso, Enrique Cabrero Blasco, José Ramón Carriazo Ruiz, Iñaki Gabaráin Gaztelumendi, Patricia Giménez Eguíbar, Felipe González Alcázar, Alejandro de Haro Honrubia, Azucena López Cobo y Juan Padilla Moreno.

Ideas y creencias

Prólogo

Desde hace cinco años ando rodando por el mundo, parturiento de dos gruesos libros que condensan mi labor durante los últimos dos lustros anteriores. Uno se titula *Aurora de la razón histórica*, y es un gran mamotreto filosófico; el otro se titula *El hombre y la gente*, y es un gran mamotreto sociológico. Pero la malaventura parece complacerse en no dejarme darles la última mano, esa postrera soba que no es nada y es tanto, ese ligero pase de piedra pómez que tersifica y pulimenta. He vivido esos cinco años errabundo de un pueblo en otro y de uno en otro continente, he padecido miseria, he sufrido enfermedades largas de las que tratan de tú por tú a la muerte, y debo decir que si no he sucumbido en tanta marejada ha sido porque la ilusión de acabar esos dos libros me ha sostenido cuando nada más me sostenía. Al volver luego a mi vida, como pájaros anuales, un poco de calma y un poco de salud, me hallé lejos de las bibliote-

cas, sin las cuales aquella última mano es precisamente imposible, y me encuentro con que ahora menos que nunca sé cuándo los podré concluir. Nunca había yo palpado con tal vehemencia la decrepita verdad del *Habent sua fata libelli*. En vista de ello, y movido por la conveniencia de dar un complemento a mis actuales lecciones en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, me he resuelto a publicar el primer capítulo del primero de los libros nombrados, bien que en su redacción más primitiva. Lleva el título de *Ideas y creencias*. La porción primera de él apareció traducida al alemán hacia 1936 en la *Europäische Revue*.

A él sigue en este tomito un discurso pronunciado en 1932 en el paraninfo de la Universidad de Granada, con ocasión de su cuarto centenario. En él anunciaba que la Universidad se había acabado por ahora en el mundo precisamente cuando los que me escuchaban creían que había triunfado más. Sólo el viejo zorro que era Unamuno —decía de sí mismo que todo vasco lleva un zorro dentro, pero que él llevaba dos—, percibió el larvado vaticinio y dedicó a este trabajo mío unos artículos. Unamuno, de quien había vivido durante veinte años distante, se aproximó a mí en los postreros días de su vida, y hasta poco antes de la guerra civil y de su muerte recalaba a prima noche en la tertulia de la *Revista de Occidente*, con su cuerpo prócer ya muy combado, como el arco próximo a disparar la última flecha. Algún día contaré la causa de esta aproximación que nos honra a ambos.

Añado unos papeles leídos en la fecha del centenario de Hegel, 1932, ante un público formado principalmente por muchachas más florecientes que meditabundas, y

a quienes era forzoso evitar la impudorosa dificultad de la filosofía –la verdad desnuda. Mezclo con ello otros papeles que creo de cierto interés sobre lo que es la geografía en el pensamiento histórico de Hegel. Van también «Miseria y esplendor de la traducción», publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, y «Defensa del teólogo frente al místico», trozo de un curso.

Termino con unos artículos donde hace tiempo di a conocer unos trozos de las más curiosas memorias que en seis gruesos volúmenes escribió don Gaspar de Mesanza, por las cuales pasan como bajo un microscopio los diez años últimos del siglo XIX y los treinta primeros del XX. Espero no tardar mucho en publicar, ya que no toda la obra manuscrita, que es ciclópea por su tamaño, una selección más amplia. En ella se verá lo que fue aquel claro espíritu español que nadie supo descubrir, tal vez porque siempre siguió el otro viejo y prudente lema: *Bene vixit qui latuit*.

Buenos Aires, octubre de 1940

Ideas y creencias

CAPÍTULO PRIMERO

CREER Y PENSAR

I

*Las ideas se tienen; en las creencias se está.—
«Pensar en las cosas» y «contar con ellas»*

Quando se quiere entender a un hombre, la vida de un hombre, procuramos ante todo averiguar cuáles son sus ideas. Desde que el europeo cree tener «sentido histórico», es ésta la exigencia más elemental. ¿Cómo no van a influir en la existencia de una persona sus ideas y las ideas de su tiempo? La cosa es obvia. Perfectamente; pero la cosa es también bastante equívoca, y, a mi juicio, la insuficiente claridad sobre lo que se busca cuando se

inquieren las ideas de un hombre —o de una época— impide que se obtenga claridad sobre su vida, sobre su historia.

Con la expresión «ideas de un hombre» podemos referirnos a cosas muy diferentes. Por ejemplo: los pensamientos que se le ocurren acerca de esto o de lo otro y los que se le ocurren al prójimo y él repite y adopta. Estos pensamientos pueden poseer los grados más diversos de verdad. Incluso pueden ser «verdades científicas». Tales diferencias, sin embargo, no importan mucho, si importan algo, ante la cuestión mucho más radical que ahora planteamos. Porque, sean pensamientos vulgares, sean rigurosas «teorías científicas», siempre se tratará de ocurrencias que en un hombre surgen, originales suyas o insufladas por el prójimo. Pero esto implica evidentemente que el hombre estaba ya ahí antes de que se le ocurriese o adoptase la idea. Ésta brota, de uno u otro modo, dentro de una vida que preexistía a ella. Ahora bien, no hay vida humana que no esté desde luego constituida por ciertas creencias básicas y, por decirlo así, montada sobre ellas. Vivir es tener que habérselas con algo —con el mundo y consigo mismo. Mas ese mundo y ese «sí mismo» con que el hombre se encuentra le aparecen ya bajo la especie de una interpretación, de «ideas» sobre el mundo y sobre sí mismo.

Aquí topamos con otro estrato de ideas que un hombre tiene. Pero ¡cuán diferente de todas aquéllas que se le ocurren o que adopta! Estas «ideas» básicas que llamo «creencias» —ya se verá por qué— no surgen en tal día y hora *dentro* de nuestra vida, no arribamos a ellas por un acto particular de pensar, no son, en suma, pensamientos

que tenemos, no son ocurrencias ni siquiera de aquella especie más elevada por su perfección lógica y que denominaremos razonamientos. Todo lo contrario: esas ideas que son, de verdad, «creencias» constituyen el continente de nuestra vida y, por ello, no tienen el carácter de contenidos particulares dentro de ésta. Cabe decir que no son ideas que tenemos, sino ideas que somos. Más aún: precisamente porque son creencias radicalísimas se confunden para nosotros con la realidad misma –son nuestro mundo y nuestro ser–, pierden, por tanto, el carácter de ideas, de pensamientos nuestros que podían muy bien no habérsenos ocurrido.

Cuando se ha caído en la cuenta de la diferencia existente entre esos dos estratos de ideas aparece, sin más, claro el diferente papel que juegan en nuestra vida. Y, por lo pronto, la enorme diferencia de rango funcional. De las ideas-ocurrencias –y conste que incluyo en ellas las verdades más rigurosas de la ciencia– podemos decir que las producimos, las sostenemos, las discutimos, las propagamos, combatimos en su pro y hasta somos capaces de morir por ellas. Lo que no podemos es... vivir *de* ellas. Son obra nuestra y, por lo mismo, suponen ya nuestra vida, la cual se asienta en ideas-creencias que no producimos nosotros, que, en general, ni siquiera nos formulamos y que, claro está, no discutimos ni propagamos ni sostenemos. Con las creencias propiamente no *hacemos* nada, sino que simplemente *estamos* en ellas. Precisamente lo que no nos pasa jamás –si hablamos cuidadosamente– con nuestras ocurrencias. El lenguaje vulgar ha inventado certeramente la expresión «estar en la creencia». En efecto, en la creencia se está, y la ocurrencia se tiene